

Nota editorial

El aniversario de las elecciones de junio de 1977 ha producido un gran número de intervenciones públicas que han tratado de proyectar hasta nuestra más candente actualidad política las circunstancias, los propósitos y los efectos de aquella crucial y feliz jornada constituyente de la historia democrática española. Mayoritariamente, la conclusión parece ser que lo que vivimos hoy son los efectos derivados de un acuerdo mal resuelto para la izquierda y para los nacionalismos, que ahora, “finalmente”, eclosionan en toda su gravedad y que hay que corregir para que las cosas no empeoren aún más. Lo que nos pasa, por tanto, no sería sino el resultado inevitable del sistema mismo tal y como se hizo, incoando en él desde el origen una desafección que no habría hecho más que crecer hasta alcanzar el cénit actual, a medida que el blindaje originario ha ido perdiendo efectividad hasta inutilizarse su capacidad intimidatoria.

Esa relación causal directa entre lo acontecido en aquellas Cortes constituyentes y los problemas de hoy exculparía las actitudes disolventes y los comportamientos destructivos de ahora mismo, cuyos genuinos responsables por elección consciente se presentan como víctimas que han llegado ya al límite de su paciencia... cuarenta años después.

Pero en medio han pasado muchas cosas. Si de medir el éxito y el arraigo de la Transición se trata, parece razonable utilizar referencias temporales de

mayor valor exegético. Nadie pensó en 1977 que se debiera esperar cuarenta años para evaluar el éxito del proceso constituyente; no era en ese plazo en el que la Transición debía desplegar sus efectos cívicos y políticos, sino en otro mucho más breve. Y lo hizo. Se trataba de transferir el poder político a los españoles y de que estos lo ejercieran con libertad. Y por ello resulta absurdo pretender imputar a los constituyentes la responsabilidad de las incontables decisiones políticas adoptadas desde entonces, y utilizar semejante método para hacer un juicio sobre la altura política de la Transición desde el pozo político al que nos han traído los muchos y graves errores cometidos en los últimos años.

Si se salva ese error metodológico resulta relativamente sencillo hacerse una idea precisa de lo que aquellas elecciones supusieron realmente para la democracia española.

“Como usted seguramente sabe, hace ahora diez años que se celebraron las primeras elecciones democráticas en España. Tras estos años, ¿diría usted que la democracia española es hoy muy estable, bastante estable, poco estable o nada estable?”. Esta pregunta fue formulada por el CIS en 1987. Aun comprendiendo la fatiga que pueden producir, esta vez los números son importantes, y un buen antipirético para el reciente brote de fiebre nihilista que tanto afecta a las ciencias sociales. De media, en porcentaje, la respuesta fue: muy estable, 9; bastante es-

table, 50; poco estable, 24; nada estable, 4; resto, 13. Por escala ideológica: extrema izquierda, muy estable, 14; bastante, 52; poco, 22; nada, 6; izquierda, 14, 59, 18, 2; derecha, 4, 41, 39, 6; extrema derecha, 6, 30, 39, 19. Por recuerdo de voto: AP, 5, 41, 36, 8; CDS, 11, 51, 26, 3; IU, 19, 54, 18, 3; PSOE, 12, 56, 18, 2. Es decir, en 1987 la izquierda consideraba el sistema político español estabilizado en mayor medida que la media y mucho más que la derecha.

Probablemente, esta opinión mayoritaria en la izquierda guardaba relación con lo que revelaba esta otra pregunta: *“En noviembre de 1975, a la muerte de Franco, muy poca gente tenía una idea clara de lo que podría pasar en España. En general y sin descender a los detalles, ¿cómo cree usted que han ido las cosas: mejor, igual o peor de lo que usted esperaba?”*. Como media, el 52 por ciento pensaba que había ido mejor; el 14, igual; el 22, peor, y el 12 no supo o no contestó. Por perfiles, la opinión favorable era especialmente marcada entre los jóvenes (mejor, 58; igual, 8; peor, 12), los estudiantes (62, 12, 7), los que nunca iban a misa (62, 12, 16), los obreros (56, 12, 21), los titulados superiores (65, 8, 18) y los cuadros medios (62, 11, 21). La opinión era menos favorable entre los mayores (46, 18, 27), quienes se dedicaban a sus labores (45, 16, 25), quienes acudían a misa los domingos (37, 16, 36), los labradores (40, 15, 28), quienes carecían de estudios (41, 18, 25) y los empleados directivos (50, 21, 21).

Medido por la escala izquierda/derecha, la extrema izquierda (68, 9, 16) y la izquierda (70, 11, 11) eran las ubicaciones que mejor opinión tenían sobre lo ocurrido en la Transición, mientras que la derecha (29, 21, 45) y la extrema derecha (27, 11, 55) manifestaban una opinión mucho más adversa que la media.

Por recuerdo de voto, los resultados fueron los siguientes: AP, 23, 18, 51; CDS, 43, 16, 26; Iz-

quierda Unida, 61, 10, 20; PSOE, 67, 11, 12; Mesa para la Unidad de los Comunistas, 70, 0, 30; PNV, 56, 18, 12; CiU, 60, 18, 19.

Las fuentes son abundantísimas y señalan siempre en la misma dirección: la Transición como éxito colectivo y motivo de orgullo. Lejos de producir rechazo, sospecha o frustración en la izquierda política y sociológica, y en los nacionalistas vascos o catalanes, en realidad superó ampliamente las expectativas de estos grupos, que por ello consideraban el sistema felizmente construido y felizmente estabilizado. Por el contrario, fueron la derecha, el centro-derecha y sus grupos sociales de referencia quienes manifestaron su decepción por el desequilibrio que a su juicio presentaba el sistema. Esto no significa que la Transición o el sistema democrático fueran puestos en cuestión, sino que el resultado político y social de las elecciones de 1977, del proceso constituyente y de la primera legislatura socialista estaba muy lejos de ser el preferido por la derecha, que, probablemente, no veía en ese momento, mitad de los años ochenta, el límite electoral de una izquierda intratable. Esto es, precisamente, lo que confiere todo su valor político al consenso y a la lealtad al mismo por parte de la derecha. Ese consenso se alcanzó y se preservó desde posiciones ideológicas realmente distantes, no artificialmente maquilladas, y a pesar de su coste. Sobre ese sistema es sobre el que se pide ahora más izquierda y más nacionalismo.

El cambio político impulsado en junio de 1977, cuyo método fue la reforma y no la ruptura porque así se decidió en referéndum en 1976, no condujo a una democracia demediada, incompleta o a medio terminar. Desde luego, en 1987 no se pensaba eso. Y no lo pensaba en absoluto la izquierda española. La Transición no ocultó, acalló, reprimió o limitó expresión política legítima alguna. Y esto permite decir objetivamente que el actual argu-

mentario pretendidamente destructor de las elecciones de 1977 y de la Constitución de 1978, ampliamente cobijado en el Parlamento, es de muy reciente creación y de nula veracidad histórica, aunque de altísima toxicidad política. No revela nada sobre las elecciones de 1977 ni sobre el proceso constituyente mismo, sino sobre la evolución de la izquierda y del secesionismo desde una adhesión nítida a un sistema en el que competían y ganaban con facilidad hasta una hostilidad bronca y disolvente abrazada mucho después como seña de identidad sobrevenida. Y la única variable significativa que se detecta en ese cambio es que el centro-derecha comenzó a ganar elecciones.

Esto habla de la propia izquierda, no del proceso constituyente. Indica cosas sobre ella misma y sobre el nacionalismo, cosas sobre su capacidad para aceptar la alternancia, no sobre la calidad de la democracia española para hacerla posible, que es lo que tiene que hacer.

En la práctica, las elecciones de 1977 pusieron fin al aislamiento internacional; permitieron la apertura inmediata de negociaciones de adhesión con las Comunidades Europeas, que habían sido rechazadas en 1962 y en 1964; posibilitaron no una sino al menos cuatro transiciones, desde un régimen

autoritario a un sistema democrático avanzado que pronto fue gobernado con mayoría absoluta por la izquierda, desde un país muy centralizado a otro muy descentralizado, desde un modelo de escaso gasto público a otro de gasto público abundante, desde un país de emigración hasta otro de inmigración.

Fueron las elecciones sobre las que se asentó un proceso constituyente realmente inclusivo, reparador de una historia nacional abrasiva, sostenido en la concordia como suelo común del acuerdo y del desacuerdo, en palabras de Julián Marías; el momento en que nuestros partidos comprendieron que su coexistencia en tensión pacífica dentro de una misma sociedad tenía, para cada uno de ellos, un valor superior al de los fines u objetivos específicos de su programa o ideología propios, como escribió Francisco Rubio Llorente; una verdadera opción moral y pragmática en la que todos los implicados cedieron una parte de sus intereses para llegar a un fin común, en expresión de Carmen Iglesias.

Todo lo que ha venido luego, todo lo que nos llega hoy a la sede de la soberanía nacional –minuciosamente contrario a la descripción anterior–, tiene responsables claros, desde luego. Pero no se encontrarán entre los protagonistas de 1977. ■

CUADERNOS DE PENSAMIENTO POLÍTICO
DISPONIBLE EN JSTOR



FAES, Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales tiene el placer de informar que todos los números pasados de Cuadernos de Pensamiento Político están disponibles en la red a través de JSTOR, el sistema de archivo digital sin ánimo de lucro, así como en la propia página web de nuestra Fundación.

Los usuarios y las instituciones que accedan a la sección Arts & Sciences VI Collection de JSTOR podrán leer, buscar, descargar e imprimir las versiones completas en PDF de todos los artículos pasados de nuestra revista, desde su primera edición en 2003 hasta el año de publicación más reciente.

La Fundación FAES está orgullosa de poder colaborar con JSTOR en la conservación y amplia difusión de la literatura histórica de nuestra revista.

JSTOR es una organización sin interés lucrativo dedicada a ayudar a la comunidad académica a descubrir, emplear y desarrollar un amplio abanico de contenidos intelectuales que se almacenan en un Archivo digital de confianza.

Para más información sobre JSTOR por favor visite
<www.jstor.org>

Para más información sobre FAES por favor visite
<www.fundacionfaes.org>